LOS HORIZONTES

LEOPOLDO DE LUIS
ALBERTO I. MANRIQUE

LEOPOLDO DE LUIS

Nació en Córdoba el año 1918. Estudió Bachillerato y Magisterio y desde hace más de quince años reside en Madrid.

En 1946 publicó su libro «Alba del hijo». Dos años después: «Huésped de un tiempo sombrío» y «Los imposibles pájaros».

Se ocupa en la actualidad de la crítica de libros de poesía en la revista INSULA, de Madrid.

3
F
399

R.50.603

A José Luis Cano,
con mi mejor estimación
para el amigo y para el
poeta.
Y un abrazo muy cordial.

Leopoldo Panero

BIBLIOTECA
José Luis Cano

Madrid.
Abril, 1951

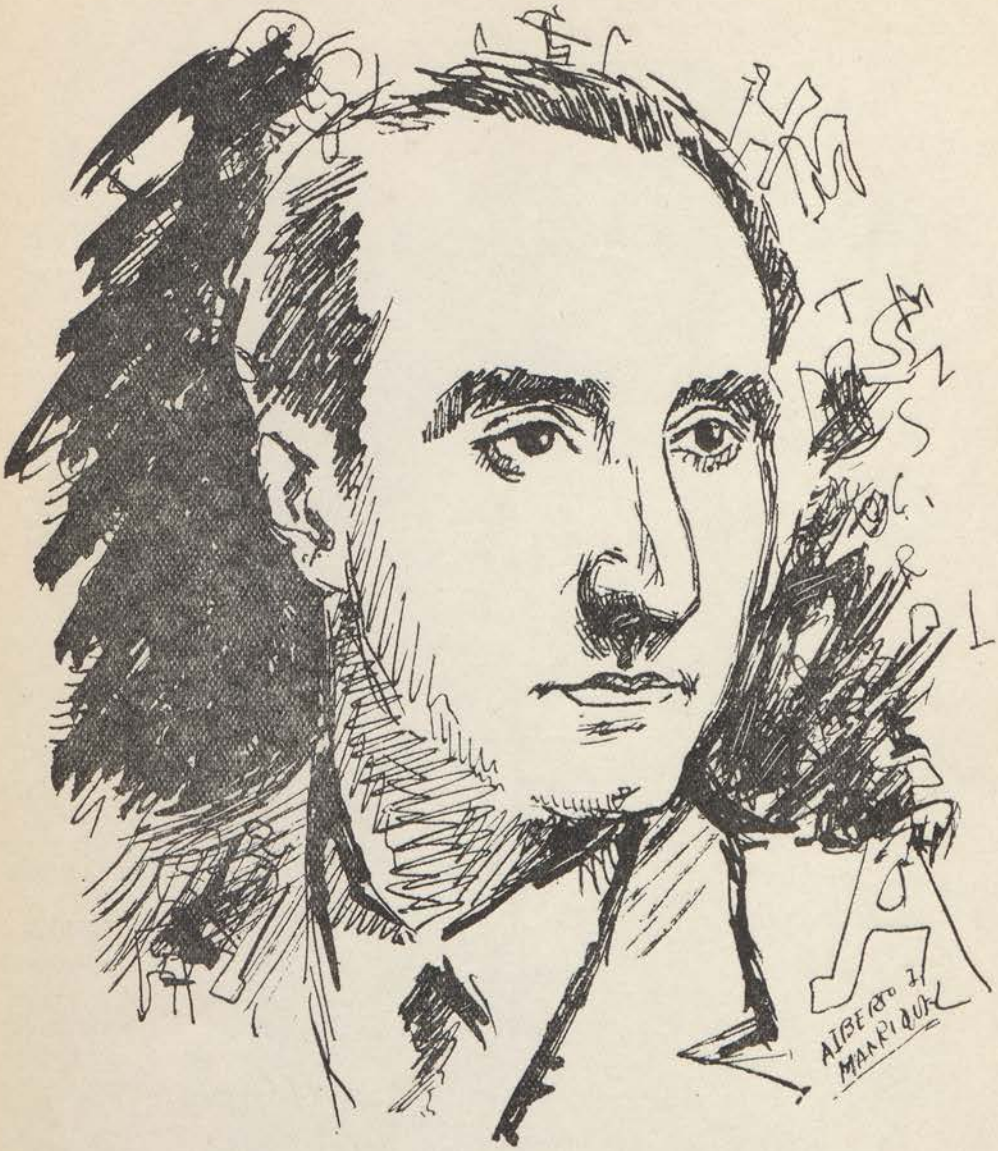
LOS HORIZONTES

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA
Granada

LEOPOLDO DE LUIS
ALBERTO MANRIQUE

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

EJEMPLAR **Nº 000018**


ALBERTO J. MARRIQUE

I. - VIDA ARRIBA

OSCUROS HOMBRES

OSCUROS hombres, vamos a la luz,
vamos a remontar los hoscos sueños.
Sé que lleváis irremediablemente
un tigre encadenado en vuestro pecho.
Pasivos agonistas de una vida
que sorda pasa y os escuece dentro
como un río de sal por vuestras venas,
como una roja ortiga en vuestro ceño.
Montón de soledades asediadas
por la injusticia, por el hambre, el miedo.
Solitarias angustias, hombres solos,
vamos, hacia la luz, a comprendernos.

Acaso la verdad, arriba, bate
sus alas cerca; abajo, acaso, lejos.
Acaso dentro de nosotros mismos
vuela, y llevamos nuestro propio cielo.

Tal vez amor. Tal vez se niegue el árbol
a florecer desde su pobre leño.
Absorto el hombre, estéril la ternura,
los ojos, puras fuentes, están secos.
Tal vez el corazón sólo es de tierra
y falta llanto para darle riego.
Tal vez si nos herimos las pupilas
liberadora lágrima alumbremos.

Oscuros hombres: vamos a la luz.
Solitarios alzáis vuestros silencios,
vuestro rencor, vuestra sombría nada,
vuestros helados y terribles fuegos.
A la impávida luz de la amargura
mirémonos:
vamos a comprendernos.

ALBERTO J.
MANRIQUE

ESTAIS CIEGOS

NO quereis ver. Se ciega cuando duele
la luz, pero la luz es ascua viva.
Apartáis la verdad porque es de lumbre
y el alma nos lacera y las pupilas.
A veces creéis ver sombras lejanas,
tristes fantasmas que os atemorizan,
y no quereis saber que son reflejo
de vuestra propia imagen fugitiva.
No veis que el hombre marcha hacia la nada
y que su frente como un sol se eclipsa.
Que la miseria como un mar se vuelca
sobre la humana y solitaria orilla.

Que el rencor alimenta ocultos perros
y ara en un lento corazón de ortigas.
Que en las hoscas raíces de la tierra
late una fuerza forestal cautiva
como en los blancos huesos afligidos
un odio que ensombrece las mejillas.
No quereis ver pisando sobre el rostro
del hombre la injusticia,
los caballos de fuerza, los inútiles
cadáveres, las ruinas,
los trigales sin pan, la sima en donde
como piedra el amor se precipita.

No lo quereis saber. Pero hay un fénix
para surgir del lodo y la ceniza.
Porque no quereis ver que el hombre puede
ser un fragmento de gigante víscera,
trozo de un corazón único y múltiple
latiendo sobre el llanto, hacia la vida.

Cerrad, cerrad los ojos. Todo en vano.
Dios vela todavía.

LOS DESPOJADOS

TENIAN los ojos de piedra
y el corazón de pena remota.
Se movían como se mueven
las tristes bestias silenciosas.
La luz de ocaso les hacía
oscuros y casi sin forma,
como de niebla espesa y torpe,
borrosamente, por la sombra.

Tras de los bultos miserables
se perdía una vida incógnita
por galerías de tristezas

ALBERTO J.
MANRIQUE

y de venturas y zozobras.
Niños andando desde años
con la risa en los labios rota,
jóvenes sauces de esperanza
con la ilusión verde en las hojas.
Y el amor como una ceniza
que abrasó el corazón y la boca.

También un pájaro de sueños
anidó en estas ramas solas,
y se alegraron de veranos,
de rumoroso aire de fronda.
Hasta en la carne más humilde
el sueño tiene alas de alondra.

Se perdían tras de sus bultos
mares lejanos. Y una sórdida
bruma cegaba con hastío
la playa infiel de la memoria.

Iban despacio, naufragando
de indiferencia y de derrota.

EL ODIO

¿SOMOS más que esa bestia ciega y triste?
Qué olas de odio se alzan en la sangre.
Un mar sin salvación, un mar de odio
por el que vamos, maldecidos ángeles.
Mar de odio, cielo de odio, tierra de odio.
El odio es nuestra muerte y nuestra cárcel.
Respiramos, bebemos, escupimos
esta saliva, este agua y este aire
y nos crecen sus costras como lepra
por el alma y la carne.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

Como una maldición. Mano de hielo,
mano de brasa negra por la sangre,
agarra las raíces del espíritu,
nos voltea, guiñapos en el aire,
rojo muñón, harapo de destierro,
nos precipita en los sombríos mares
de la ira. Al amor roba sus barcos
que hunde bajo los pechos implacables.

El corazón, qué combatida guerra,
qué tierra entre los dientes que no sacien,
qué huesos como espinas erizadas
que hasta el ojo de Dios quieren alzarse.
Odio. Por qué tanto odio oculto
enraizando entre los hombres árboles
de fiera soledad y de ignominia
como frontera que el amor no pase.

De qué hondas catacumbas
sube, amarillo hedor, al pecho odiante,
sube, saliva negra, al labio impuro,
sube, espina de luz, al ojo infame,
este rencor, este ancestral cuchillo,
esta quijada aún manchada en sangre.

Duele tánto rencor, tánta miseria,
duelen ya no sé qué negras verdades,
ya no sé qué terribles maldiciones
pesan sobre la humana sombra errante:
«Al prójimo odiarás como a ti mismo».
Y el amor huye, herida y triste ave.

¿Para este hombre de odio no hay un sueño?
¿Un retorno a la sombra del seno de una madre?
¿Unos labios que besen esta lepra?

Odio, detén, detén tu impuro avance.

SALIDA DEL COLEGIO

ERAN las ocho. Habíamos dejado
un día más bajo el oscuro techo.
No nos dábamos cuenta. Cada tarde
nos acercaba al hombre, sin saberlo.
Cerrábamos el libro. Otra mirada
niña, perdida para siempre. Lejos,
pero pausadamente aproximándose,
unos ojos de hombre floreciendo.
Las acacias de octubre a octubre en vilo
negreaban ya el patio del recreo.
Siempre al coger mi abrigo recordaba
yo a mi madre.

Las ocho.
En el silencio
de la calle irrumpíamos nosotros.
Un aire frío. Aldebarán luciendo.
Luego nos alejábamos con pasos
que claramente aun escucho dentro.
Pasos hacia la pena de ser hombres
y de vivir y de seguir muriendo.
No nos habían dicho
que la vida era esto.
Que sólo la miseria educa a otros
niños que un día exigirán su puesto
de hombres junto a nosotros. No sabíamos
que el mundo está mal hecho.

Eran las ocho.
Al recoger mi abrigo
yo me acordaba de mi madre, lejos.

Hasta hoy no he sabido la tristeza
que tiene la salida del colegio.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

Y SEGUIR

—VUÉLVETE. No prosigas. La verdad es recuerdo.
El amor es recuerdo. Lo perdido es aroma.
Regresemos. El tiempo que no vuelve nos abre
el materno regazo de su voz: la memoria.

Retrocede a la infancia. A la tibia penumbra
del naciente deseo. Al no ser. A la incógnita
mirada. Como un río que el pedregal olvida
y a la pureza o fuente de su niñez retorna.

—Si el hombre fuera solo, si el río fuera solo
sobre la piel hirsuta, sobre la tierra inhóspita...
Olvidar. En el alma, en el más puro hielo,
hundirse día a día. Que siga el agua sola.

Pero ríos que bajan llorando sin fronteras
heridos entre espadas de troncos, entre rocas,
pero ríos que sangran hacia el mar lentamente,
desde lejos un hondo cauce de amor invocan.

Vamos hacia el mañana. Alcemos las pupilas.
Que un canto de esperanza caldee nuestra boca.
No estamos solos. Alguien precisa nuestros hombros.
Y con él proseguimos caminando en la sombra.

EL CORAZON

EL corazón del hombre es como un bosque,
frondosas ramas de dolor lo pueblan,
y en sus entrañas caben tempestades,
blancas palomas y sombrías hienas,
sepultadas raíces como garras,
trozos de cielo azul que lo liberan.

Entrad en él. Como en el bosque umbrío
bajo el andar hojas y juncos suenan
y en medio del silencio de los astros,
en soledad se oye crecer la hierba.

La vida va en un río espeso, oscuro.
un rojo río hacia una mar eterna,
y en su corriente, por el hondo cauce,
los helechos, los árboles, las fieras,
el mismo cielo azul alto y hermoso,
unificadamente se reflejan.

Vamos hacia la vida. El corazón
de pájaros se alegra
como naciendo abril cubren los árboles
las golondrinas de la primavera.

Vamos hacia el amor. Hay ruiseñores
cantando en nuestras venas,
como en las claras noches del estío
entre las silenciosas arboledas.

Y se levanta un tigre en nuestra sangre
cuando el odio nos cruza. Y nos negrean
el cielo azul los cuervos:
El mar sin nombre de la muerte espera.

El corazón del hombre es como un bosque.
Frondosas ramas de dolor lo pueblan.

LA PALABRA

LA luz llega más lejos, aún más lejos.
Desconocidos mundos ilumina.
Opaca sombra, el barro vive oscuro.
Su luz, su fuego, es la palabra viva.

Todo es anochecer entre mis huesos,
entre mis manos que levantan días
de soledad y de cansancio, todo
es vuelo triste hacia la tarde herida.

El alba pura sólo en la voz surge.
Sólo en el canto brota la encendida
perpetuidad de la memoria humana
sobre la tierra desolada y fría.

Por esta luz de música y de llanto
el hombre se libera de su asfixia.
Por esta voz que brota de la sangre
la libertad humana se ilumina.

LUZ EN LOS OLMOS

VAMOS por la vereda sombría de la tarde
y acaso en nada pienso, acaso sólo
en esa humilde luz que apenas besa
de tibieza y amor los altos olmos.
Yo quisiera ser más. Iluminarte
más el atardecer, el día hermoso,
tan tristemente hermoso que te aguarda,
¡oh, destino del hombre!, en lo remoto.

Andarás mucho. El alba te sonríe.
Sonríe siempre. Una mañana de oro
descubrirá clarísimos misterios,
insospechadas glorias, a tus ojos.
Yo quisiera ser más que ese reflejo
rezagado en las copas de los olmos.
Ser claridad, ser luz, bañarte siempre,
árbol nacido de mi pobre tronco.
Ser como el sol, como un sol sin ocaso,
derramando la luz sobre tus hombros.

¡Nos agarra con tánta fuerza esta
raíz de lo diario! Apenas somos
en el atardecer, sobre la tierra,
como los altos y sombríos olmos.

LO DIFERENTE

NUNCA vamos a lo igual,
nos llama lo diferente.
La sombra va al día, el día
en la noche se disuelve.
El hombre camina solo,
con su vida hacia la muerte.
En el viento arde la hoguera
y el macho en la hembra prende.
Busca el barro alas y cielo
los ojos, al que volverse.
Deseo de libertad
el hombre si vive tiene.

Si le humilla su fracaso
su soledad lo enaltece.
Una soledad mordida
como arena entre los dientes.
No hay soledades «tan puras
como el caer de la nieve».
Lodo de pena y cansancio
la soledad lleva siempre.
La amargura de los días
nos derrumba sus paredes
y vivimos asfixiados
de escombros y sordideces.
Lejos del amor, el hombre
busca un sueño en que perderse
y el sueño le alumbra oscuros
lobos de odio, el aire mueve
árboles de llanto y surten
ríos de sangrientos peces.
Encadenado a una tierra
donde bestia y fruto mueren,
se dobla bajo su peso
el hombre como las mieses.
Busca la luz, y salvarse
busca de su propia muerte
y alzar sobre la miseria
un país que lo liberte.
Sus ojos giran al cielo.
Bajo el viejo sol hiriente,
sobre la estepa y el lodo
un águila resplandece.

II. - ELEGIAS

ELEGIA

CON sus alas de plomo va la tarde;
pesa en la piel ceniza de los campos.
Difusamente cunde la penumbra,
vellón de sucia lana en el ocaso.

Tú eras también de luz y de paisaje.
Se ha oscurecido el mundo entre tus manos.
Se ha detenido el tiempo, río sordo.
La luz ya es sólo sombra de tus párpados.

Se siente caminar lejanamente.
Alguien cruza en la sombra hacia el pasado.
Nada delante. Olvido. Dios en sueños
aun alienta en el alma su amor manso.

Se retorna al recuerdo cual las olas,
una vez y otra vez, con lento paso.
Duele el amor, duele la certidumbre
de saberse de amor y odio poblados.

¿Ves? Somos cual la encina, aquí en la sombra.
Honda raíz, enfurecidos brazos.
Ferviente savia oculta nos abrasa.
La libertad nos nace por el llanto.

Como la luz, aquí también morimos,
en el hermoso otoño del ocaso.
Un ascua fugitiva hacia la sombra.
El amor anochece en nuestros labios.

ELEGIA DE LA ULTIMA TARDE

SOLA la triste encina de la tarde,
ceniza y hielo, el sol de ocaso besa
con su postrer fulgor que apenas arde
y el negro leño en púrpura empavesa.

Lejanos bosques, hondos encinares
densos de vida, en llanto diluídos.
En la tiniebla de los sordos mares
diarios sumergidos.

Alamedas perdidas, viejos sauces.
El sol de cada día os hizo de oro.
Os copió el agua que hoy no va en sus cauces.
Os brizó el viento de un abril sonoro.

Por qué antiguos espejos voy ahora
viéndoos cruzar, y viéndome perdido,
como un niño que llora
por la noche en el bosque sorprendido.

Bosque de años, árboles de sueño
segados por el rayo, en esta encina
os fundís hechos tiempo, en este leño
desnudo de la tarde decembrina.

Destino humano: siempre la memoria
en cielos de elegía junto al agua
fugitiva y sombría, triste noria
que en yermo oscuro de dolor desagua.

Mis treinta años aquí, reproducidos;
los convoca la tarde que agoniza.
Siento que, de repente, ennegrecidos
por el ocaso son sólo ceniza.

Sólo ceniza y sombra, sólo bruma.
Vacilación. Sueños de Dios errados.
Que un rescoldo de ocaso los consuma
temo. Por mano del dolor borrados.

Los siento como pasos en vacío,
como inútiles huellas a la nada,
torcidos torpemente como un río
que buscase la cuenca ya cegada.

¿Está aquí la verdad, Señor, ardida
en la seca retama de esta tarde?
¿Un instante nos hace ver la vida
toda, forjada de metal cobarde?

Pasa el soplo del tiempo. Es Dios acaso
lo que duele en el alma mansamente.
Sentimos remontarnos paso a paso
vida arriba hacia el alba, hacia la fuente.

Sentimos remontarnos. Niños somos.
Materno amor nos falta. Silba el viento.
Curva la noche sus helados lomos.
El hombre cobra su sombrío acento.

La vieja encina de la tarde, sola,
perdida ya. Señor ¿un año nuevo
no es como sobre el mar la nueva ola?
¿No es como el tiempo que en el alma llevo?

ELEGIA AL TIEMPO

DONDE nació esta voz, donde este llanto
creció sauce de humana pesadumbre,
el tiempo es ya silencio, sordo canto,
oscura nada, congelada lumbre.

Ya tántos años idos y no he hecho
nada más que vivir. La vida duele.
Un bosque de inquietud tras de mi pecho
clama porque la sangre se revele.

Porque la sangre se alce en desafío,
dura escollera frente al mar constante
del tiempo donde el hombre va, navío
que nunca vuelve, para siempre errante.

Estéril rebeldía. Sino humano
es el tiempo abrasando los diarios desiertos.
La carne viva roe este gusano,
no la tierra podrida de los muertos.

Todo es tiempo: tus ojos, tu mirada,
tus labios, esa flor, esta amargura.
Nada es el tiempo. Sólo idea. Nada,
y cómo pesa, irrealidad oscura.

Cómo nos pesa, irremediable losa
o fuego destructor, negra sequía.
Llaga del sueño, injuria de la rosa.
Todo está en él o en todo su agonía.

Todo es tiempo: este instante y el mañana,
esta voz, este paso que hacia el Otoño cunde,
este olor de tristeza y de abierta ventana
hacia la muerte en donde todo se hunde.

Porque todo es huir, hasta la espera
huye, hasta la inquietud es tierra inerte
y están los días de la Primavera
hechos de sorda, irremediable muerte.

Me miro vagamente en los verdes espejos
de los que se descuelgan silenciosos los días.
Me reconozco en múltiples sombras que cruzan lejos.
Se deshacen los años, tierra en mis manos frías.

Remotos astros dan sus claras huellas
y hacen lúcido y claro lo que el tiempo destruye.
La opaca tierra, el hueso, brillan por las estrellas.
Sobre el dolor humano el tiempo fluye.

Tántos años y en ellos solamente
he podido vivir. Tiempo vacío:
suena en mi soledad oscuramente
como un hueco sombrío.

ELEGIA CONTRA LA PARED

OH metal oxidado y triste de los huesos.
La sangre como un mar encadenado clama
sintiendo sobre el mundo del odio, victoriosas
por el azul hermoso cruzar libres las águilas.

Los cuerpos como olas de un hondo mar espeso
van a estrellarse sordos contra negras murallas,
contra sus arrecifes, contra sus propios muros
que manos y rencores y recuerdos levantan.

La dulcísima alondra de la luz ya no anida,
ya no anida siquiera la luminosa lágrima
en los ojos sombríos, cual nidos de noviembre
que deshacen del viento de otoño las espadas.

Las manos son manojos de huesos sin caricias
y la carne, reseca tierra, se resquebraja
y la sangre es ya sólo un árbol de coral
sólido y rojo bajo las inmóviles aguas.

Rebaños de recuerdos, ya no pasan siquiera.
La lluvia de los días, tormentosa, fué mansa
y es al fin de silencio, se descuelga sin ruido
cual sobre tierno césped, sobre arena ahuecada.

No se recuerda ya ni el perfume del llanto.
Ni el levísimo peso de la dicha y del ala
del amor, como pájaro, dando sentido y ritmo
a la marcha del tiempo y a la verdad humana.

Y sin embargo es vida. Son hombres como hogueras
cubiertas de ceniza triste, mas no apagadas.
El destino se incendia en su hielo abrasante.
Brotará del volcán silencioso la lava.

Yo canto vuestra inmóvil, vuestra sórdida vida,
y presagio barbechos de mies ensangrentada.
Prevengo un hondo salto de pantera, una curva
de tigre sobre el cielo, la rosa y las acacias.

Sombras errantes llevan a lo lejos paisajes
como nubes abiertas, mujeres desgarradas
en luminosos partos de dolor y alegría.
Lo veis vosotros desde vuestra sombría nada.

ALBERTO I
HENRIQUE

Y veis que un incesante, purificador llanto
cae sobre las ciudades, los campos. Los arrasa.
El urbano solar que amontona despojos
y la era donde el pan amargo se trabaja.

Pensad en ese beso, que será el de la muerte.
La vida es una herida que día a día sangra.
Pensad en ese beso que será el de la vida.
La muerte día a día duele como una llaga.

ELEGIA EN LA TIERRA

EL metal de la luna que adivina
los ocultos metales de la tierra,
el corazón cautivo de la mina,
lamiendo el campo por la noche yerra.

Su helado beso o lumbre no traspasa
la costra árida y triste. Bajo el suelo
las raíces en sombra suenan. Pasa
un agua que no copia nunca el cielo.

Y se grana una vida que abre ciega
su rompiente calor hacia la espiga,
y el llanto verde de su fuerza riega
la rosa, el árbol, el frutal, la ortiga.

Bajo la luz lunar, bajo la roca,
bajo campos fecundos y desiertos,
en la tierra se besan ya sin boca
los dientes ateridos de los muertos.

Encima de esta tierra nos amamos,
encima de esta sepultada vida.
Sobre este vientre oscuro nos odiamos,
sobre estos huesos sangra nuestra herida.

ELEGIA DE LA OTRA PLAYA

TOCAR. Sentirse el pecho como arena
de una playa remota
en la que canta un mar olvido eterno
bajo la luz de Dios, bajo su sombra.

No es este agua de lodo;
llanto y ceniza, casi barro o forma
humana. Sobre el légamo la frente.
En limo oscuro el corazón reposa.

No es este mar de fuera.
Contra el humano bulto van las olas
rompiéndose, inventando amargos días
de agua y de sal, de amor y de derrota.

Y la espuma de Dios, inalcansable
huye siempre con alas de paloma.

Tocar. Sentirse arena
de una lejana playa silenciosa.
Sentir que este caballo, que este negro
mar de fuera no moja.
Que este lodo no pesa.
Que el barro como un cáliz se deshoja.
Y que hay un agua azul, como el olvido
que empapará la arcilla dolorosa,
la playa fiel que somos
lejos del pedregal de la memoria.

ELEGIA TERCERA

A Miguel Hernández

QUIERO aprender lecciones de la fuente;
la pena de vivir tornar en cánto,
en manar suficiente.
Fecundo ser sobre el inútil llanto.

El tiempo triste, en turbia lejanía
vuelve su oscura y rechinante noria.
No es un estéril cielo la elegía;
sí la patria mejor de la memoria.

Tu elegía, Miguel, son los sembrados,
el agrio yermo, el olivar hirsuto.
Los llevaban tus ojos reflejados
en su cielo absoluto.

Esta tierra de España, dolorida
como un vientre parido de tristeza,
hermosamente canta por su herida
tu hombría de los pies a la cabeza.

Resoles, moreneces de aceituna,
riscos cabrales, encendido huerto,
en silencioso llanto, luna a luna,
madurando fecúndanse de muerto.

Fecúndanse de tí, que fuiste un día
queriendo levantar hombres y montes,
queriendo dar a luz la poesía,
la fe, los horizontes.

Levantabas los ojos con un peso
de heróico sol. Mirabas hondamente.
Llevabas el destino como un beso
fatal sobre la frente.

Se pudo presentir, porque tenías
el corazón como desnudas rosas
bajo escarcha de ajenas cobardías
volcado como amor sobre las cosas.

Naciste de la tierra y la cantabas
tal la canta el olivo, tal el sauce;
como la canta por las sierras bravas
el río en el sonar hondo del cauce.

Tu verso está en la encina y en el agua,
en el crujir del pegujal reseco.
Arde en la sangre como oculta fragua.
Le responde la vida como un eco.

Le responde la vida y la muerte lo embebe
hasta la sed más honda de los huesos.
Sobre la patria que pisaste llueve
tu voz como agua en hontanares presos.

Y cae con un destino de paloma
herida, sobre el campo, y lo enaltece.
Lo dora como el sol de loma en loma.
Tu voz que crece y crece.

Tu voz de par en par, igual que el alba
inaugurando soles y verdades;
encendiendo el temblor, la palabra que salva;
levantando ciudades.

Desde la ósea raíz de tus talones
al imborrable cielo de tu frente
de hombría y dignidad dando lecciones
era tu vida como heróico puente.

Tu corazón al verso le ponía
una sangre tan clara y luminosa
que quema en ascua y sol tu poesía
y alumbra generosa.

Ya no quiero llorar frente a las olas
que mojaron tu infancia de cabrero
que arrullan, cerca de tus huesos, solas,
tu muerte de poeta verdadero.

Vamos a ser, Miguel, igual que el trigo
que el llanto y el sudor sazona y grana,
y aquél que de tu gloria fué testigo
multiplique su fe cada mañana.

PLANAS DE POESIA
XII

Tirada de 225 ejemplares, numerados.

ORIENTAN Y CUIDAN ESTAS PLANAS
los poetas
AGUSTIN Y JOSE MARIA MILLARES SALL
el pintor
MANUEL MILLARES SALL
y
RAFAEL ROCA

SE IMPRIMIO EL 5 DE ENERO DE
1951, EN LA IMPRENTA ORTEGA,
EN LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA.

Planas en puertas:

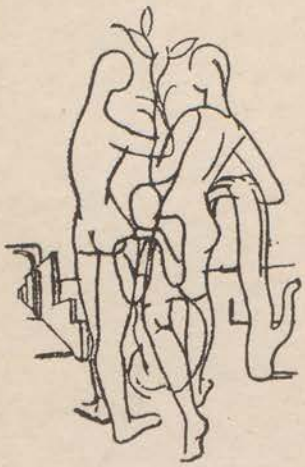
El Hombre de la Pipa
Manolo Millares Sall
Enrique Azcoaga

Manantial de silencio
Pino Betancor
Elvireta Escobio

Poema de la Creación
Agustín Millares Sall
Manuel Millares Sall

Manifestación de la Paz
José María Millares Sall
Alberto Manrique

La Cruceta
Luis y Agustín Millares Cubas

Las Inquietudes del Hall
Alonso Quesada

Crítica, Críticos y Pseudos-Críticos
Rafael Roca Suárez
Manolo Millares Sall